

QUIÉN MATÓ
A MI PADRE
ÉDOUARD LOUIS



narrativa
salamandra

QUIÉN MATÓ A MI PADRE

ÉDOUARD LOUIS

Quién mató a mi padre

Édouard Louis

ISBN edición en papel: 978-84-9838-960-9

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-73-9

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre
2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Qui a tué mon père*

Traducción del francés: Pablo Martín Sánchez

Ilustración de la cubierta: Tim Macpherson / The Image
Bank / Getty Images

Copyright © Édouard Louis, 2018

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Citas de las páginas 30-31 y 69: *Desgracia impenable* de Peter Handke © de la traducción: Eustaquio Barjau, cedida por cortesía de Alianza Editorial, S.A.

Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

A Xavier Dolan

Si éste fuese un texto teatral, debería empezar con estas palabras:

Un padre y un hijo están a pocos metros el uno del otro en un gran espacio amplio y vacío. El espacio podría ser un campo de trigo, una fábrica abandonada y desierta, el gimnasio, forrado con plástico, de un colegio. Tal vez esté nevando. Tal vez la nieve los cubra poco a poco hasta hacerlos desaparecer. El padre y el hijo apenas se miran. Sólo habla el hijo, las primeras frases que dice las lee en una hoja de papel o en una pantalla. Intenta dirigirse a su padre, pero es como si el padreno pudiera oírlo, no sabemos por qué. Están cerca el uno del otro sin llegar a tocarse. De vez en cuando sus pieles se rozan, entran en contacto, pero aun así, incluso en esos momentos, siguen ausentes el uno para el otro. El hecho de que sólo hable el hijo, de que únicamente lo haga él, resulta violento para los dos: el padre se ve privado de la posibilidad de contar su propia vida y el hijo desea una respuesta que nunca llegará.

I

Cuando se le pregunta qué significa para ella la palabra «racismo», la intelectual estadounidense Ruth Gilmore responde que el racismo es la exposición de determinados colectivos a una muerte prematura.

Esta definición sirve también para la dominación masculina, el odio a los homosexuales o a las personas transgénero, la dominación de clase o cualquier fenómeno de opresión social y política. Si entendemos la política como el gobierno de unos seres sobre otros y tenemos en cuenta que los individuos existen en el seno de una comunidad que no han elegido, entonces la política es la distinción entre colectivos cuya vida se asegura, se alienta y se protege y otros expuestos a la muerte, la persecución, el asesinato.

El mes pasado fui a verte a la pequeña ciudad del Norte donde ahora vives. Es una ciudad fea y gris. El mar está a unos pocos kilómetros, pero tú nunca vas. Hacía varios meses que no te veía —mucho tiempo—. No te reconocí cuando me abriste la puerta.

Te miré, intentando leer en tu rostro los años pasados lejos de ti.

Más tarde, la mujer con la que vives me explicó que ya casi no podías caminar. También que necesitabas un aparato para respirar por las noches, que si no tu corazón se pararía, que ya no puede latir sin asistencia, sin ayuda de una máquina, que ya no quiere latir. Cuando te levantaste para ir al baño y volviste, lo vi, los diez metros que recorriste te dejaron sin aliento, tuviste que sentarte para recobrar la

respiración. Te disculpaste. Las disculpas son algo nuevo en ti, tendré que acostumbrarme. Me explicaste que sufrías una diabetes grave, además del colesterol alto, que podías tener un paro cardíaco en cualquier momento. Te quedabas sin aire al contarle, tu pecho se vaciaba de oxígeno como si tuviera una fuga, incluso hablar te suponía un esfuerzo demasiado intenso, demasiado grande. Veía cómo luchabas contra tu cuerpo, pero intentaba fingir que no me daba cuenta de nada. La semana anterior te habían operado por lo que los médicos llaman una «eventración» —no conocía la palabra—. Tu cuerpo se ha vuelto demasiado pesado para sí mismo, tu vientre empuja hacia el suelo, empuja demasiado, demasiado fuerte, tan fuerte que se desgarrar por dentro, que se desprende de su propio peso, de su propia masa.

Ya no puedes conducir sin ponerte en peligro, ya no te dejan probar el alcohol, ya no puedes ducharte o ir a trabajar sin correr un riesgo inmenso. Apenas pasas de los cincuenta años. Perteneces a esa categoría de seres humanos a los que la política tiene reservada una muerte prematura.

Durante toda mi infancia anhelé tu ausencia. Regresaba de la escuela a media tarde, a eso de las cinco. Al llegar a casa, sabía que si tu coche no estaba aparcado frente a la puerta quería decir que te habías ido al bar o a casa de tu hermano y que volverías tarde, probablemente cuando ya hubiera anochecido. Si no veía tu coche en la acera, frente a la casa, sabía que cenaríamos sin ti, que mi madre acabaría por encogerse de hombros y servirnos la cena y que ya no te vería hasta el día siguiente. No había día en que, al acercarme a nuestra calle, no pensara en tu coche y rezara mentalmente: Por favor que no esté, por favor que no esté, por favor que no esté.

Aprendí a conocerte por accidente. O a través de los demás. No hace mucho le pregunté a mi madre cómo os habíais conocido y por qué se había enamorado de ti. Me contestó: Por el perfume. Tu padre se ponía perfume, y en

aquella época no era como ahora, ¿sabes? Los hombres no se perfumaban nunca, era algo que no se llevaba. Pero tu padre sí. Él sí. Él era diferente. ¡Oía tan bien!

Mi madre continuó: *Fue él quien vino a buscarme. Yo acababa de divorciarme de mi primer marido, había conseguido sacármelo de encima y era más feliz así, sin ningún hombre a mi lado. Las mujeres son siempre más felices sin los hombres. Pero él insistió. Cada vez que venía a verme traía flores o chocolate. Así que cedí. Al final cedí.*

2002. Aquel día, mi madre me había sorprendido bailando, solo, en mi habitación. Yo había procurado moverme de la manera más silenciosa posible, no hacer ruido, no respirar demasiado fuerte, la música tampoco estaba muy alta, pero algo oyó a través de la pared y vino a ver qué pasaba. Di un respingo y me quedé casi sin aliento, el corazón en la garganta, los pulmones en la garganta, me volví hacia ella y esperé —*el corazón en la garganta, los pulmones en la garganta*—. Esperaba un reproche o una burla, pero me dijo, con una sonrisa, que cuando bailaba era cuando más me parecía a ti. Le pregunté: «¿Papá ha bailado alguna vez?» —que tu cuerpo hubiera hecho alguna vez algo tan libre, tan bello y tan incompatible con tu obsesión por la masculinidad, me hizo entender que quizá, algún día, habías sido otra persona—. Mi madre asintió con la cabeza: «¡Tu padre no paraba de bailar! En todas partes. Cuando bailaba, todo el mundo lo miraba. ¡Y yo me sentía orgullosa de que fuera mi marido!» Crucé la casa corriendo y salí a buscarte al patio, donde estabas cortando leña para el invierno. Quería saber si era verdad, quería tener una prueba. Te repetí lo que acababa de oír y tú bajaste la mirada para decirme muy lentamente: «No hay que creerse todas las tonterías que cuenta tu madre.» Pero te habías ruborizado: sabía que estabas mintiendo.

Una noche en que yo estaba solo porque vosotros habíais ido a cenar a casa de unos amigos y no había querido acompañaros —tengo el recuerdo de la estufa de leña que propagaba por toda la casa su olor a ceniza y su luz tranquilamente anaranjada—, encontré en un viejo álbum familiar, comido por las polillas y la humedad, unas fotos en las que aparecías disfrazado de mujer, de *majorette*. Toda la vida te había visto despreciar cualquier signo de feminidad en un hombre, te había oído decir que un hombre nunca debía *comportarse como una mujer*, nunca. En las fotos tendrías unos treinta años, yo ya debía de haber nacido. Me quedé la noche entera contemplando aquellas imágenes de tu cuerpo, de tu cuerpo vestido con una falda, de la peluca en tu cabeza, del rojo de tus labios, de tu camiseta abultada por los pechos de mentira que habías tenido que improvisar rellenando con algodón un sujetador. Lo que más me sorprendió es que parecías feliz. Sonreías. Cogí una de las fotos y varias veces por semana la sacaba del cajón donde la había escondido e intentaba descifrarla. Nunca te dije nada.

Un día escribí en un cuaderno, refiriéndome a ti: *Contar la historia de su vida es escribir la historia de mi ausencia*.

En otra ocasión, te sorprendí viendo una ópera que retransmitían en directo por la tele. Nunca habías hecho algo así, al menos estando yo presente. Cuando la cantante entonó su lamento, vi cómo tus ojos empezaban a brillar.

Lo más incomprensible es que incluso aquellos que no consiguen respetar siempre las normas y las reglas impuestas por el mundo se empeñan en hacerlas respetar, como cuando tú decías que un hombre no debía llorar nunca.

¿Acaso sufrías por ello, por esa paradoja? ¿Te daba vergüenza llorar, a ti, que tanto repetías que un hombre no debía llorar?

Me gustaría decirte que yo también lloro. A menudo, mucho.

2001. Una noche de invierno invitaste a un montón de gente a cenar con nosotros. Había muchos amigos, no era algo que hicieras habitualmente y se me ocurrió preparar un espectáculo para ti y los demás adultos. Les propuse a los niños que estaban sentados a la mesa, otros tres chicos, que vinieran a mi cuarto a prepararnos y ensayar —había decidido que emularíamos el concierto de un grupo de pop llamado Aqua, hoy ya desaparecido—. Me inventé las coreografías, los movimientos, los gestos, no paré de dar órdenes durante más de una hora. Yo me había reservado el papel de la cantante, los otros tres chicos harían los coros e imitarían a los músicos rasgueando unas guitarras invisibles. Fui el primero en entrar en el comedor, los otros venían detrás, hice la señal convenida y empezamos el espectáculo, pero tú enseguida volviste la cabeza. No entendía nada. Todos los adultos nos miraban menos tú. Canté más alto, bailé con gestos más agresivos para que te fijaras en mí, pero tú no me mirabas. Yo te decía: Papá, mírame, mírame, pero por más que me esforzara, tú no me mirabas.

Cuando conducías el coche, yo te decía: ¡Haz de piloto de Fórmula 1! y tú acelerabas, alcanzabas los ciento cincuenta kilómetros por hora en las carreteras provinciales. Mi madre se asustaba, se ponía a gritar, decía que estabas loco y tú me mirabas sonriendo por el retrovisor.

Naciste en una familia de seis o siete hermanos. Tu padre trabajaba en la fábrica, tu madre no trabajaba. No habían conocido otra cosa que no fuera la pobreza. Poco más puedo decir sobre tu infancia.

Tu padre os abandonó cuando tenías cinco años. Es una historia que cuento a menudo. Una mañana se fue a trabajar a la fábrica y por la noche no volvió. Tu madre, la abuela, me dijo que lo esperó, qué remedio, al fin y al cabo es lo que había estado haciendo durante media vida. *Le había preparado la cena, lo esperamos como siempre, pero nun-*

ca más volvió. Tu padre bebía mucho y algunas noches, por culpa del alcohol, le pegaba a tu madre. Cogía platos, objetos pequeños y a veces incluso sillas, y se los tiraba a la cabeza antes de abalanzarse sobre ella y golpearla con los puños. No sé si tu madre gritaba o si soportaba el dolor en silencio. Tú los mirabas sin poder hacer nada, impotente, confinado en tu cuerpo de niño.

Esto también lo he contado ya —pero ¿acaso no debería repetirme cuando hablo de tu vida, puesto que nadie quiere oír hablar de vidas como la tuya?, ¿no deberíamos repetirnos hasta que nos escuchen, para forzarlos a escuchar?, ¿no deberíamos gritar, tal vez?

No me da miedo repetirme porque lo que escribo, lo que digo, no responde a las exigencias de la literatura, sino a las de la necesidad y la urgencia, a las del fuego.

Ya lo he dicho en otro lado: cuando murió tu padre, quise celebrar la noticia, el anuncio de su muerte. No habías olvidado lo que le había hecho a tu madre. Tu hermana había intentado que os reconciliarais muchas veces, había ido a verte para pedirte que olvidaras, ella lo había perdonado, pero cuando tu hermana aparecía tú te concentrabas en el programa que estuvieran dando en la tele y la ignorabas, actuabas como si no hubiera nadie. El día que te enteraste de la muerte de tu padre, toda la familia estaba en la cocina. Aquel mismo día, o aquella misma semana, tú celebrabas tu cuarenta aniversario. Estábamos viendo la televisión y dijiste lo bastante alto como para que todo el mundo te oyera —ahora que lo pienso, quizá hablaste demasiado alto: hubo algo raro en tu entonación, algo artificial, como si hubieses preparado la frase durante meses—, dijiste: Voy a comprar una botella para celebrarlo. Te subiste al coche y fuiste a comprar pastís a la tienda del pueblo. Lo celebraste hasta bien entrada la noche, riendo y cantando.

Es curioso, dado que tu padre había sido violento, tú repetías de manera obsesiva que nunca lo serías, que nunca le pegarías a ninguno de tus hijos. Nos decías: Jamás le

pondré la mano encima a uno de mis hijos, jamás en la vida. La violencia sólo genera violencia. Durante mucho tiempo yo repetí esta frase, que la violencia es la causa de la violencia, pero estaba equivocado: la violencia nos salvó de la violencia.

Tu padre no fue el primero en tener problemas con el alcohol. El alcohol formaba parte de tu vida antes de que tú nacieras, las historias relacionadas con el alcohol se repetían a nuestro alrededor, los accidentes de coche, los resbalones mortales en el hielo al volver de una cena regada con vino, las violencias conyugales provocadas por el vino y el pastís y otras cuantas historias más. El alcohol cumplía la función del olvido. El mundo era el responsable, pero cómo condenar al mundo, a ese mundo que imponía una vida que la gente de nuestro alrededor no tenía más remedio que intentar olvidar —con el alcohol, por el alcohol.

Era olvidar o morir, u olvidar y morir.

Olvidar o morir, u olvidar y morir de tanto empeñarse en olvidar.

Aquella noche en la que preparé un falso concierto para ti con otros niños, me ofusqué, no quería parar, quería que me miraras, el malestar empezó a instalarse en la sala y yo continuaba implorando: Mírame, papá, mírame.

1998. Es Navidad. Reconstruyo la imagen, lo intento con todas mis fuerzas, pero la realidad es como los sueños: cuanto más intento atraparla, más se me escapa. Toda la familia está sentada a la mesa. Yo como demasiado, has comprado demasiada comida para la cena de Nochebuena. Siempre tuviste miedo de ser distinto de los otros por culpa de la falta de dinero, lo repetías una y otra vez: No veo por qué deberíamos ser distintos de los demás, y por esa razón querías que en la mesa hubiese todo lo que imaginabas que los demás tenían y comían en Nochebuena: *foie-gras*, ostras, tronco de Navidad, lo que, paradójicamente, hacía

que cuanto más pobres éramos más dinero gastáramos en fechas tan señaladas por la angustia de no ser como los demás.

Hablo con mi madre, con mis hermanos y hermanas, pero no contigo. Tú no hablas. Dices que detestas las fiestas. En cuanto llega diciembre, nos dices que ya tienes ganas de que las fiestas hayan terminado, pasado, quedado atrás, y creo que finges odiar la felicidad para convencerte de que si tu vida tiene la apariencia de una vida infeliz es porque así lo has elegido, como si quisieras convencernos de que siempre has tenido el control de tu propia infelicidad, como si quisieras dar la impresión de que si tu vida ha sido tan dura es porque así lo has querido, porque te da asco el placer, porque detestas la alegría.

Creo que te niegas a aceptar la derrota.

Todos los años, por Navidad, escondías los regalos en el maletero del coche y esperabas a que yo me hubiera acostado para ir a buscarlos y dejarlos al pie del abeto para que yo me los encontrara al levantarme por la mañana.

Pero aquella noche, cerca de las doce, aún no nos habíamos dormido cuando oímos una explosión fuera, aunque tan intensa, tan inmensa, que fue como si se hubiera producido en la cocina. No se me ocurre una imagen mejor para explicarlo que ésta: sonó como si un avión se hubiera estrellado justo enfrente de la casa o en el patio interior. Tú saliste para averiguar qué había pasado, yo te seguí y lo vi: tu coche seguía en el mismo lugar, pero comprimido, reducido a un pedazo de metal sin forma, sin estructura. A su alrededor, esquirlas de plástico y trozos de papel de regalo flotaban en el aire como confeti, y varios metros más allá, frente a tu coche destruido, había un enorme camión que transportaba motos, ligeramente abollado por el accidente. El que lo conducía —el responsable de aquel desaguisado— se había detenido para contemplar el drama. Desde donde yo estaba podía ver el vaho que salía de su boca, las volutas de vapor que desdibujaban su rostro: parecía un espectro. Al vernos, volvió a arrancar el camión y se hundió

en la noche. Tú lo perseguiste, no tenía ningún sentido, nunca habrías conseguido darle alcance a un camión, no había ninguna esperanza, pero tú corrías y gritabas: Te voy a reventar, hijo de la gran puta, gritabas, te voy a reventar —te vi correr tras él, tu cuerpo desapareció en la oscuridad, se disolvió en la penumbra para luego reaparecer y regresar, vencido y sin aliento.

Yo era demasiado pequeño para recordarlo, pero aun así lo recuerdo. Cuando vi la cara que ponías al contemplar lo que quedaba de tu coche, lloré por lo que vi en tu cara y pregunté cómo ibas a hacer a partir de entonces para ir a la fábrica. Me tumbé en el sofá y me pasé el resto de la Nochebuena llorando. ¿Por qué lloraba? Debería haberlo hecho porque mis regalos habían desaparecido —sí, sabía que los guardabas en el coche—, con siete años no debería haber llorado por el coche, debería haber pensado en mis regalos, habría sido lo más lógico. ¿Acaso ya me habías hecho entender que formábamos parte de aquellos a quienes nadie ayuda? ¿Me habías inculcado ya el lugar que ocupábamos en el mundo?

A menudo me parece que te quiero.

Cuando le pedía a mi madre que me contara cosas sobre ti, me explicaba que la desaparición de tu padre os había condenado a una miseria aún mayor. Tu madre se encontró sola con seis o siete hijos, sin estudios, incapaz de conseguir trabajo. Peter Handke dice: «Nacer mujer en un mundo así es ya de antemano algo mortal.» Sin embargo, mi madre también decía que a partir de entonces habíais sido mucho más felices, porque el hombre de la familia había desaparecido y con él la violencia, el miedo a sus reacciones, su locura masculina.

Lo que llamamos Historia no es sino la historia de la reproducción de las mismas emociones, de las mismas alegrías a través de los cuerpos y del tiempo, y mi madre cono-